

Viajeros mexicanos del siglo XIX

DANIAR CHÁVEZ JIMÉNEZ¹

Vicente Quirarte (coord.) (2009), *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*, México, Coordinación de Humanidades-UNAM.

El viaje ha sido uno de los medios más eficientes que los seres humanos han desarrollado para ampliar sus conocimientos, fortalecer su experiencia y perfeccionar sus oficios; todo este proceso de transformación se acrecentó considerablemente con la llegada del siglo XIX y, por consiguiente, de la modernidad al mundo occidental.

El siglo XIX dio forma por primera vez a una era industrial implacable y, con ello, inició un nuevo proceso en la historia de la humanidad, que quedó marcado por el uso y el adelanto tecnológico, la reproducción masiva de las artes, la propagación de las ideas de la Ilustración y la creación de las democracias parlamentarias, que habrían de confeccionar una nueva fisonomía de la sociedad civil. Pero también, como afirma Vicente Quirarte: “El siglo XIX fue el gran siglo de los viajes y los héroes. Fulton y Edison modificaron ambos conceptos al dar a luz a dos criaturas que habrían de revolucionar el tiempo y el espacio: el vapor y la electricidad” (p. 20). Con ello surgió una nueva y a menudo turbulenta noción de progreso económico y social, que habría de inferir directamente en el concepto de viajar.

En *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*, se hace un rastreo de los orígenes de los viajeros mexicanos con destino a lo que más adelante habría de convertirse en la ciudad más imponente del orbe. La publicación, dirigida por Vicente Quirarte, es un excelente mapa cartográfico

¹ Egresado del doctorado en Letras latinoamericanas por la facultad de Filosofía y letras de la UNAM. Ha publicado diversos artículos en revistas de investigación y divulgación cultural de distintas universidades mexicanas.

de connacionales que establecieron su residencia, o simplemente estuvieron de paso, en la llamada *Ciudad Imperio*.

El texto, desde un horizonte histórico muy caro a nuestra memoria nacional, abarca espacios temporales que van de la década de 1830 a 1895; propone, así mismo, una interesante conjetura sobre los motivos por los cuales han sido numerosos los viajes de investigación científica o cartográfica, comerciales, artísticos o simplemente de aventura que durante el siglo XIX ayudaron a dar conocimiento de nuestro país, y resalta las razones por las que el proceso inverso se ha caracterizado por un tráfico lento y, para muchos, poco exitoso en la difusión que el mexicano aportó sobre el conocimiento de otras culturas.

No es de extrañar que así haya sucedido. Vicente Quirarte, siguiendo a Ignacio Manuel Altamirano, considera que las prohibiciones durante la Colonia provocaron el fin de la condición nómada de nuestros ancestros, obligándolos a radicar dentro de sus propias fronteras. Este escenario político limitó considerablemente el tránsito libre durante el tiempo que duró la presencia española. Paradójicamente, hacia el siglo XIX, una serie de procesos políticos, que a su vez cimbrarían y marcarían la historia de nuestra nación, estimularon los desplazamientos a tierras que, si bien ya eran muy conocidas para el hombre moderno, apenas comenzaban a ser exploradas por nuestros ciudadanos.

Tal es el caso de Lorenzo de Zavala, con quien Ana Suárez inicia la presentación de esta generación de viajeros. Hombre de negocios, periodista y político, Zavala, opositor al régimen de Anastasio Bustamante, es quizás uno de los primeros intelectuales de la naciente nación obligado a refugiarse, en 1830, en el país del norte. Sus deseos de ver una república independiente, soberana, que pudiera reproducir de manera astuta los patrones que llevaban a Norteamérica a tener grandes perspectivas de crecimiento político, económico y social, lo motivaron a escribir su *Viaje a los Estados Unidos de Norteamérica*, con el que pretendía difundir y reproducir la ascendente cultura norteamericana en México. A partir de esta presentación, Ana Suárez también reseña la parte dedicada al emotivo escrito de Rafael Reynal y Carlos Gastelu, texto que apartado de cualquier vínculo político, es una muestra del entusiasmo que los Estados Unidos representaba en la imaginación de nuestros jóvenes más vehementes y que, de una u otra forma, ayudaría a forjar los primeros testimonios de la movilidad mexicana.

Casi tres décadas después, la Guerra de Reforma, la Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano dieron origen a otra generación de impetuosos viajeros

que acudían al vecino del norte para afianzar y promover la causa nacionalista defendida por Benito Juárez, o que pretendían huir de la represión política de las fracciones en disputa por el poder en ese momento.

De esa forma, Nueva York se convirtió muy pronto en la meca de la política exterior mexicana, “un centro de conspiración, refugio y polémicas entre partidarios y detractores de Juárez” (pp. 42-43). En el estudio sobre José Rivera y Río, Vicente Quirarte presenta una clara perspectiva del novelista que, también expulsado de su tierra por razones políticas, dedicó sus ratos libres a dar una extensa y profunda visión de la gran metrópoli, con su texto *Dramas de Nueva York* (publicada en 1869). Una ciudad que no sólo despertaba asombro y admiración sino, también, inquietud y desasosiego en quien la visitaba. El avance de la tecnología y la instauración de las prácticas capitalistas en los países occidentales muy pronto fortalecería las ideas de decadencia y desequilibrio cultural y social producto de la especulación económica, para dejar atrás las alentadoras promesas de bienestar que se habían impulsado durante la Revolución Industrial. Admirador de las prácticas progresistas norteamericanas, Rivera y Río sentía y presentía, no obstante, los riesgos que el desempleo, el crimen, la pobreza o la prostitución originarían en la edificación de las grandes urbes.

El apartado de Manuel Balbontín, presentado por Gabriela Bourges, también es una clara muestra del escenario desolador que la incursión militar francesa heredó a la conciencia mexicana. El escrito *El Invierno. Un día del mes de enero a los 40 grados de latitud norte* (1865), de ese político y militar, que participó en la revolución de Ayutla y más tarde formaría parte de la Guerra de Reforma y la resistencia contra Francia, nos hará partícipes de la conversión interior experimentada por el autor durante su estancia en la siempre versátil y cambiante ciudad norteamericana.

El trabajo de Isabel Rojano sobre el republicano y liberal Francisco Zarco, muy cercano a los ideales de Juárez, mostrará el afán y la dedicación de uno de los más grandes promotores de la causa mexicana en los Estados Unidos. A él se debe el *Discurso pronunciado en el Instituto Cooper de Nueva York, el 19 de julio de 1865*; en su intento por consolidar la autodeterminación y soberanía de la nación ante la presencia y el dominio europeo. Exiliado entre 1864 y 1867, Zarco defendió asiduamente la legalidad de la joven república y fue uno de los primeros intelectuales en destacar el compromiso que debería existir en el destino compartido de la América hispánica.

Al asumir la tarea de reflexionar sobre la realidad mexicana, María Emilia Chávez nos introduce, en el apartado dedicado a las hermanas Larráinzar, al *Viaje a varias partes de Europa*. El caso de las hermanas Larráinzar destaca aquí no sólo por la calidad de sus impresiones durante su paso por la Gran Ciudad, sino por la importancia que representaba, más en el siglo XIX, que dos mujeres de la clase alta (hijas de un diplomático y político conservador), pudieran dejar constancia de su paso por el mundo. A partir de ese texto, es posible revisar el sistemático rechazo que todavía impera en una nación instituida y obstinada en reducir la participación de la mujer de todo ámbito político, intelectual o económico y, a su vez, revalorar las constantes restricciones que en la actualidad imperan en el desarrollo de la gran diversidad cultural existente en nuestro país.

No obstante, quizás el más curioso de todos lo sea el viaje de la comisión científica que Sebastián Lerdo de Tejada envió alrededor del mundo, en 1874. Cuauhtémoc Padilla plantea aquí una interesante lectura sobre los nuevos actores sociales que contribuyeron a dar forma y solidez a las instituciones culturales de México. El texto *Sobre el hemisferio norte. Once mil leguas*, del ingeniero Francisco Bulnes (cronista de la comisión), dejará constancia de su experiencia científica por Norteamérica, Asia, Medio Oriente y Europa, al tiempo que volverá a plantear la imagen de un mundo moderno, encarnado en la bulliciosa ciudad Nueva York, desgastado por el progreso industrial. Años más tarde, cuenta Adán Cruz, sería el propio Lerdo de Tejada —despojado de la presidencia por el caudillo de la revolución de Tuxtepec, Porfirio Díaz— quien tendría que dirigirse a los EEUU en busca del exilio. Sus *Memorias*, presumiblemente redactadas por Adolfo Carrillo, serán testimonio de esos once años de confinamiento en Nueva York. Fiel esbozo de la época, el escrito se convierte en un rico legado que el político heredó a nuestras ciencias sociales.

Este poderoso imán seguiría llamando la atención de intelectuales y viajeros mexicanos al acercarse el ocaso del siglo XIX. También pensador, político liberal y, a juicio de Quirarte, quizás el mejor y más certero “lector de concentraciones urbanas” (p. 262), Guillermo Prieto certificará en su *Viaje a los Estados Unidos* sus exploraciones ciudadinas durante su estancia, en 1877, en la *Ciudad Imperio*.

No menos curiosa será la presentación de Jesús E. Valenzuela (*Mis recuerdos*), también reseñada por Quirarte, donde el político e intelectual mexicano dejará testimonio de su efímero encuentro con el escritor irlandés Oscar Wilde, en 1882, o los testimonios que años más tarde plasmaría el escritor

y viajero Alberto Lombardo en *Los Estados Unidos (Notas y episodios de viaje)*, presentado por Adán Cruz.

Cierran estas impresiones los relatos del intelectual y político tamaulipeco Ignacio Martínez, con su *Recuerdos de viaje en América, Europa y África*, emprendido en la primavera de 1875 y presentado por Rosa María Talavera. El testimonio plasmado en *Los Estados Unidos. Descripción de viaje*, del cantante, autor, periodista y activista político Alberto G. Bianchi, durante el verano de 1885 como integrante de la comisión de Prensa Asociada de México que recorrió los Estados Unidos, también será una clara muestra de la cartografía sociopolítica que transformaba a nuestro país y donde Ana Suárez presenta el escenario que enfrentó este hombre de convicciones antirreleccionistas y liberales, y que a la postre le valieron el desprecio de Lerdo de Tejada, la persecución y la cárcel.

Concluye esta antología con la exposición de Vicente Quirarte sobre el viaje, en 1985, de Justo Sierra, sin duda alguna uno de los mexicanos más ilustres del agonizante siglo XIX. Su estancia se caracterizó por circunstancias particulares, cuando, como lo define Quirarte, Nueva York se encontraba, “como todas las grandes capitales finiseculares, y como las de todos los tiempos, entre el esplendor y la degradación” (p. 485).

Más importante que cualquier clasificación que aquí pueda realizarse, *Republicanos en otro imperio* destaca por su profundo afán de dar habida cuenta de un país conciente de su devenir histórico y su realidad sociopolítica. Recuerdo de un nación desangrada por sus luchas intestinas, la intromisión extranjera, la pobreza del estado y la miseria social, que ponían en entredicho su existencia misma dentro del orbe político y geográfico. Recuerdo, también, de aquellos que veían en los Estados Unidos una luz de esperanza y armonía que durante el siglo XX se iría desvaneciendo. No obstante, al reflexionar sobre la identidad mexicana, resulta difícil soslayar el tema de la identidad latinoamericana, cuyos derroteros se vinculan extensamente con el nuestro desde el siglo XIX. En ese mismo siglo no sólo se definiría el rumbo de nuestros procesos políticos, culturales y sociales, sino que también sería el periodo que vería nacer a nuestros primeros escritores y pensadores, forjadores de una cultura hermanada en más de un sentido por su conflictiva historia (que muy pronto dejaría en el olvido el esplendor que durante décadas se irradió desde el país del norte hacia nuestras tierras).

En este ámbito de fundaciones y transformaciones que habrían de definir nuestro semblante, la literatura de viajes aportará instrumentos medulares para

entender nuestro ser latinoamericano. Profundamente ambigua, pero seriamente objetiva, libre, aunque condicionada por su contexto, la literatura de viajes nos abre una perspectiva que muchas veces omite la historia oficial. Fiel a su propia condición y naturaleza, independiente e inquieto, el viajero rescata de sus recorridos las realidades políticas, culturales y sociales de las tierras que visita, en búsqueda de materiales que contribuyan a generar una mayor comprensión sobre su presente.

Al revalorar o repensar nuestra historia, los trabajos aquí presentados nos recuerdan que si bien el siglo XIX fue el siglo de los grandes viajes y descubrimientos, el que concibió por primera vez “el viaje como aventura del alma, exploración de los sentidos” (p. 56), el siglo XX nos devolvió una imagen muy distinta que, de una forma cada vez más notoria, predomina en este mundo neoliberal y globalizado y que con frecuencia nos ha hecho olvidar que el viaje “es un trayecto en el tiempo y en el espacio para encontrarse con el otro [...]. Tal encuentro con el otro tiene un doble sentido: con la otredad presentida a través de lecturas anteriores y con el otro en que nos convertimos al viajar” (p. 52).

Republicanos en otro imperio nos confronta con nuestra propia historia, al tiempo que nos transporta a una doble dimensión imaginaria; que nos permite, por un lado, asomarnos de forma legítima al pasado de nuestra cultura y, al hacerlo, nos abre la oportunidad de arribar al conocimiento de nosotros mismos, en aras de afrontar con mayor credibilidad y libertad nuestro futuro inmediato.